

Curiel, Fernando. *La Revuelta: Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*. México: Universidad Autónoma de México, 1999. 467 págs.

Durante la última década del siglo XIX, cuando todavía tenían vigencia algunas publicaciones modernistas, en México empieza a surgir el movimiento intelectual más importante para la configuración de la cultura y la educación mexicanas del siglo XX. El compromiso con la transformación social es justamente el rasgo más interesante de este movimiento. Así lo entiende Fernando Curiel, quien emprende por ello un enorme trabajo de investigación histórica en el cual se entrelazan lo literario, lo político y lo social.

Durante las dos primeras partes de la investigación, Curiel examina tres textos recientes sobre el estudio del Ateneo y a partir de allí plantea sus tesis centrales. Respecto a la caracterización del grupo ateneísta, Álvaro Matute (*El Ateneo de la Juventud: grupo, asociación civil, generación*. 1993) había planteado que estaba compuesto por 69 miembros pertenecientes a dos generaciones distintas, mientras que fecha su existencia entre el 28 de octubre de 1910 (fundación) y el 13 de agosto de 1914 (dispersión). Otro estudiioso, Alfonso García Morales (*El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*. 1992), sitúa la duración del ateneísmo entre 1906 y mediados de 1914, periodo en el cual el organismo tomó al menos tres formas: la Sociedad de Conferencias, el Ateneo de la Juventud y el Ateneo de México. Fernando Curiel opone a estas miradas una visión del Ateneo de mayor amplitud. Para Curiel debe tenerse por ateneísta no sólo aquél inscrito en alguno de los organismos del Ateneo, sino que también harían parte del movimiento los participantes y los asistentes —incluso los *ad honorem* o posibles— independientemente de su inscripción. Consecuente con esa mirada, Fernando Curiel afirma que el Ateneo no es precisamente una generación, en el sentido de un grupo de coetáneos, sino una “constelación” (conjunto de estrellas de distintas edades pero parecido ‘clima y temple’) (38) de contemporáneos con intereses comunes. Algunas de las “estrellas” de esa constelación llevan nombres representativos en el ámbito cultural latinoamericano: los mexicanos Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Cravioto, Ramón López Velarde (*ad honorem*), Diego Rivera, Ricardo Gómez Robelo; los dominicanos Pedro y Max Henríquez Ureña; el uruguayo José Enrique Rodó (*ad honorem*); el colombiano Porfirio Barba Jacob. La lista, desde luego, es muchísimo más extensa.

Semejante diversidad de personalidades le permite a Fernando Curiel poner de relieve también la diversidad de oficios a que estaban dedicados los miembros del Ateneo (poetas, prosistas, artistas plásticos). Con ello, el investigador logra sentar bases para argumentar que el movimiento ateneísta no tenía intereses exclusivamente literarios y que, dada la diversidad de nacionalidades, el Ateneo adquirió un carácter hispanoamericano. Para Fernando Curiel el Ateneo perseguía el equilibrio y la integración de los diversos campos del saber, por un lado; y por el otro, era un grupo propenso a la acción, como se demuestra en varios lugares del libro. En este punto la polémica se desarrolla principalmente respecto al estudio de Gabriel Zaid titulado *López Velarde ateneísta* (1991). Zaid examina el surgimiento del Ateneo como un conflicto por el relevo en el poder cultural. En esa lucha, los ateneístas adoptaban necesariamente una posición discreta, pues buscaban mostrarse como los "únicos herederos legítimos"; quienes, de otra parte, recibían el apoyo del propio régimen que se proponían sustituir, por vía del ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra, y cuyo origen era la "vanguardia renovadora del establishment" (24). Para Fernando Curiel, en cambio, el Ateneo más que un organismo es un movimiento intelectual (Curiel dice "movilización") cuyo papel representa en cultura, lo que la Revolución Mexicana en política. El título que Curiel le da a su investigación viene justamente de considerar el movimiento ateneísta como "*la revuelta cultural de la Revolución Mexicana*" (37).

Parte del fundamento de esta importante tesis se encuentra en el balance del Ateneo que Fernando Curiel esboza en dos apartados: primero, la obra ateneísta, cuyos resultados más notorios se encuentran divididos entre los cambios estructurales de la educación básica y superior mexicana; la difusión masiva de lo que llaman "la gran cultura", los clásicos antiguos y modernos del pensamiento y la literatura (i.e. el canon literario); el estudio crítico de la propia historia mexicana; el derrocamiento del pensamiento positivista o "científicista"; la asimilación y superación del Modernismo; y el profesionalismo de la labor intelectual<sup>1</sup>. En segundo lugar encontramos lo que Fernando Curiel llama "el legado"; cuestión que, al parecer, no es unitaria entre los estudiosos, dada la oposición diametral de dos opiniones citadas por el investigador. Una de ellas afirma que el Ateneo sienta "las bases de nuestra cultura contemporánea"; la otra

<sup>1</sup> Otros logros interesantes del ateneísmo serían, con palabras de Curiel "la crítica de la bohemia maldita; [...] una literatura estilísticamente revolucionaria; un nacionalismo crítico; una honda mirada latinoamericana" (44).

es partidaria de valorar la obra individual de los miembros del Ateneo, pero niega la importancia de una obra del Ateneo en cuanto organismo intelectual, el cual, a su vez, es so juzgado como un producto de la manipulación o como un mito creado por los historiadores de la cultura<sup>2</sup>. Con todo, las citas resultan significativas al denunciar la importancia de la obra de los ateneístas, considerados o no como integrantes de un auténtico movimiento intelectual —y Fernando Curiel tiene una amplia, quizá extrema, visión del grupo de ateneístas.

Consecuente con su idea de que el Ateneo es un movimiento cultural revolucionario, Fernando Curiel no sólo amplía sustancialmente el conjunto de miembros ateneístas; también abre las fronteras temporales que enmarcan el desarrollo del Ateneo. De allí surge un nuevo enfoque de estudio que abarca más de un siglo: desde 1898, año en el cual empieza lo que Curiel llama la "prehistoria" del Ateneo, hasta 1999 donde el investigador traza el límite del "legado o herencia" del movimiento ateneísta. Sin duda es un enfoque ambicioso que regirá la organización de la obra de Curiel a partir de la Tercera Parte.

La prehistoria del Ateneo, según nos muestra Fernando Curiel, tiene que ver con el Modernismo. El movimiento finisecular que en ese momento gozaba de legitimidad y reconocimiento, aunque se encontraba al mismo tiempo en decadencia, daba cabida a algunos jóvenes escritores en la *Revista Moderna* (a partir de 1903, *Revista Moderna de México*). Allí publicarían los primeros diez ateneístas y luego dos de los más importantes miembros del Ateneo: Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. Pero más allá de la posibilidad de publicar, el naciente Ateneo reconocía en el Modernismo a su precursor legítimo y guardó siempre una actitud reverente frente a figuras como Manuel Gutiérrez Nájera. Incluso *Savia Moderna*, fugaz revista aparecida en 1906, nuevo medio ya dirigido y financiado por miembros ateneístas (Alfonso Cravioto, Antonio Caso), aparece, según Curiel, como una revista fundamentalmente estudiantil, subsidiaria de la *Revista Moderna*. Los "ejes" ideológicos de los jóvenes intelectuales eran conservadores de cierto modo (modernismo en literatura y positivismo en filosofía), aun cuando se apoyaban en una actitud integradora para esquivar los enfrentamientos sectarios y los partidismos radicales.

<sup>2</sup> Las opiniones que cita Curiel son tomadas, respectivamente, de José Luis Martínez, *Literatura mexicana siglo XX, 1910-1949* (México: Concejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990) y de Carlos Monsiváis, "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en *Historia general de México II* (Daniel Cosío Villegas (Coord) México: El Colegio de México, 1981, 1375-1548).

Y fue justamente debido a esa posición “antisectaria”, defendida con ahínco por los ateneístas durante 1907, que el grupo de jóvenes intelectuales pudo a un mismo tiempo defender y criticar aquellos ejes que les habían servido de apoyo, pero a los cuales no se sentían amarrados. Ese año constituye lo que Fernando Curiel llama “protoateneo”, donde surge la preocupación y la necesidad de que el grupo naciente defina sus principios. El primer paso en esta dirección lo constituyó la defensa del Duque Job (Manuel Gutiérrez Nájera) y del Modernismo, que hicieron los ateneístas contra la posición de Manuel Caballero quien declaraba al “decadentismo” o “modernismo” como enemigo de la *Revista Azul*, dirigida por él durante la segunda época de la publicación<sup>3</sup>. Pero a la vez que defendía, el Ateneo sentaba diferencias: “Somos modernistas, sí, pero en la amplia acepción de ese vocablo, esto es: constantes evolucionadores, enemigos del estancamiento, amantes de todo lo bello, viejo o nuevo, y en una palabra, hijos de nuestra época y nuestro siglo” (113). Más tarde, en 1908, durante otro enfrentamiento circunstancial, el Ateneo romperá con el positivismo o “cientificismo”, predominante durante el gobierno de Porfirio Díaz, pero bajo la forma de una reivindicación de Gabino Barreda, responsable de un sistema educativo eminentemente positivista. A pesar de que los ateneístas —y su amigo cercano: el ministro Justo Sierra— valoraran la obra de Barreda como una independencia intelectual a la cual no podía ya renunciarse, ello no impedía que dudasen de ciertos aspectos del positivismo. Así, por ejemplo, la confianza de los positivistas (Barreda el primero) en una paz venidera construida gracias al conocimiento científico, queda desplazada por una visión dinámica y conflictiva de la historia y del conocimiento. “En efecto, dice Curiel, si la verdadera ciencia es el conocimiento de lo relativo, ¿cómo concebirla sino en perpetua evolución, discusión, lucha?” (200).

Una visión semejante del conocimiento no era gratuita. Los ateneístas habían estudiado una serie de autores y temas interesantes. La, entonces, Sociedad de Conferencias (1907-1908) disertó entre otras cosas, sobre el pintor francés Eugène Carrière (Alfonso Cravioto), Friedrich Nietzsche (Antonio Caso), la evolución de la crítica literaria (Ricardo Gómez Robelo y Rubén Valenti), la obra de E.A. Poe (Ricardo Gómez Robelo), la filosofía individualista de Max Stirner (Antonio Caso) y la poesía de Gabriel D'Annunzio (Jenaro Fernández McGrégor). De allí provenía gran parte de su actitud integradora y

<sup>3</sup> La *Revista Azul* había sido fundada en 1894 por Gutiérrez Nájera, Carlos Díaz Dufou y Luis G. Urbina (este último sería secretario de redacción del Ateneo).

crítica a un tiempo: habían valorado, por ejemplo, el antiacademicismo de Carrière como un acto de liberación contra las doctrinas; la oposición de Nietzsche a una civilización regida por ideales positivistas; la relevancia que adquiere el ego y la individualidad en el pensamiento de Stirner; el pesimismo d'annunziano que caracterizaba para ellos al hombre moderno, debido a su conciencia de "lo exiguo de su poder y lo inmenso de su anhelo"; la superación del sentimentalismo que E.A. Poe había alcanzado, según ellos, aceptando el dolor y presentándolo purificado.

Fernando Curiel, empero, demasiado ocupado en anotar los acontecimientos, a veces deja de analizarlos con mayor alcance. Es claro que para el Ateneo no podía abandonarse la ciencia ni el conocimiento, así como tampoco podían hacerse falsas ilusiones sobre tales cosas (como que, por ejemplo, la ciencia nos brindaría el conocimiento del mundo "tal como es en sí" y que de ese conocimiento resultaría necesariamente una armonía universal alrededor de la verdad). Mas, entonces, si ya no apunta hacia la realidad del mundo exterior, ni contribuye a un fin último de bienestar, ¿qué objeto puede de tener el conocimiento?, ¿por qué no abandonarlo? Quizá lo revolucionario del Ateneo consista en que su concepción del conocimiento, íntimamente ligada a la experiencia y a la subjetividad del ser humano, le permite superar un viejo carácter soberbio y pretensioso que nubla la visión del hombre haciéndole creer que es dueño de una falsa soberanía y que está felizmente predestinado a la gloria más alta. La base del nuevo carácter ateneísta se perfilaba como la sobriedad de los que reconocen el humilde lugar que ocupan en el universo y la historia. Sobre ese reconocimiento podían ver con mayor claridad, tal vez, la tarea enorme que les aguardaba. Quisieron liberar a la sociedad mexicana de la ignorancia en que estaba sumida y de todas las supersticiones que por esa misma razón se hacían presentes. Pero justamente una de las mayores supersticiones contra las que lucharon fue la de una "verdad absoluta". La mirada histórica del pensamiento junto con su actitud crítica, le valió al Ateneo la consideración actual de precursor de la cultura latinoamericana contemporánea —y sin duda lo es.

A esta altura, la investigación de Fernando Curiel permite ver cómo el movimiento ateneísta había madurado ideológicamente, por decirlo así. Quedaba la consolidación del grupo, que tuvo lugar el 3 de noviembre de 1909<sup>4</sup> mediante la redacción de los estatutos que

<sup>4</sup> La ceremonia de fundación del Ateneo de la Juventud se llevó a cabo el 28 de octubre de 1909, pocos días antes de la redacción de los estatutos.

regirían el Ateneo de la Juventud. A este período (1909-1914) en el que el movimiento adopta propiamente su nombre de Ateneo, Curiel dedica tres partes de su investigación en las que se abordan las acciones más determinantes del movimiento para la posteridad. Ya constituido en una "asociación" cuyo propósito era "trabajar en pro de la cultura intelectual y artística" y estructurado en tres secciones (Literatura y Artes, Ciencias Sociales e Historia y Filosofía), el Ateneo de la Juventud<sup>5</sup> emprendería tres empresas significativas: las conferencias del Centenario, el nacimiento de la Universidad Popular Mexicana y la creación del núcleo de Estudios Literarios como subsección de la Escuela Nacional de Altos Estudios.

Las seis conferencias del Centenario surgieron como conmemoración de la independencia mexicana y giraron alrededor de algunas figuras precursoras de la cultura latinoamericana: Sor Juana Inés de la Cruz y José Enrique Rodó, entre otros. Detrás de estas conferencias se encontraba también el ministro Justo Sierra, quien no sólo patrocinó las intervenciones atenéistas, sino que dirigió la *Antología del Centenario* en la cual trabajaron Pedro Henríquez Ureña y Luis G. Urbina, miembros del Ateneo. El proyecto editorial no escondía su actitud crítica, como bien lo deja ver la investigación de Fernando Curiel, al citar apartados de la "Advertencia": "... debemos advertir que la *Antología del Centenario* no es, en todo rigor, una *antología*, es decir, una selección de verdaderas flores del arte literario. No en todas las épocas ha producido flores nuestra literatura. [...] Nuestra *Antología*, violentando la significación originaria del nombre que lleva [...], tendrá que unir lo bueno, lo mediano y aun lo malo, para cumplir su finalidad como *estudio documentado de la literatura mexicana*" (268).

La convicción en el estudio de la cultura y la búsqueda de estrategias para realizar el sueño de un México "civilizado", se concentraría luego entorno a la fundación de la Universidad Nacional de México, a manos de Justo Sierra en 1910. Sin embargo, al momento de la fundación, la Universidad no era quizás más que una dispersión de facultades y escuelas. Las humanidades, por ejemplo, aunque estaban previstas en la estructura universitaria, no tenían "cuerpo ni sustancia". Fernando Curiel baraja la hipótesis de que el mérito de Sierra fue justamente darle legitimidad y existencia legal a una institución que debía ser adecuada por otros. Nadie más que los jóvenes

<sup>5</sup> Uno de los antecedentes principales del Ateneo de la Juventud fue el *Ateneo de Madrid* (1885-1912). Éste también se hallaba organizado en secciones y se dedicaba al cultivo de la literatura y de las humanidades.

intelectuales del Ateneo (amigos del ministro), desde luego. Durante esa etapa se encontraba en la presidencia del Ateneo otra personalidad relevante: José Vasconcelos. La dirigencia vasconceliana le imprimió al Ateneo de la Juventud un aire más social y comprometido, según nos deja apreciar Fernando Curiel en un hecho significativo como el cambio de nombre de la sociedad, que, a partir de 1912, se llamará Ateneo de México. Para Vasconcelos el Ateneo de México debía "dar forma social a una nueva era de pensamiento"; así como la Universidad y la clase intelectual en general, debían llevar las "líneas directrices del carácter nacional". Esa tarea no podía realizarse desde las viejas mentalidades filosóficas (como el positivismo), ni políticas (como el porfiriato). No en vano Vasconcelos fue el más beligerante, políticamente hablando, entre los ateneístas. Él se oponía al régimen de Porfirio Díaz y tomaba partido por la triunfante revolución encabezada por Francisco I. Madero en 1911. El proyecto de la Universidad Popular de México (1912) constituyó el esfuerzo de Vasconcelos por colaborar con el nuevo gobierno maderista en materia de educación superior; amén de vincular a los intelectuales del Ateneo con la transformación política y social de México. El balance que Fernando Curiel presenta sobre la Universidad Popular, demuestra el gran impacto que este proyecto no gubernamental, dependiente del Ateneo de México, tuvo en aquella población obrera, comerciante y estudiantil mexicana, aún después del asesinato de Francisco Madero en 1913 y durante los gobiernos de Victoriano Huerta y Venustiano Carranza. El funcionamiento continuo de la Universidad Popular, logró también mantener unidos algunos de los ateneístas principales y convocó a aquellos que habían sido sus discípulos a que se integrasen al movimiento como pares.

Junto a la Universidad Popular, los ateneístas encontraron otro espacio de acción que Fernando Curiel pone de relieve. La Escuela Nacional de Altos Estudios, creada también por Justo Sierra en 1910, fue el punto de encuentro de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y Antonio Caso. Desde allí el Ateneo ejerció una influencia notable en la estructura de la educación mexicana, no sólo criticando el positivismo sino creando nuevos cursos y núcleos completos de estudio. Las acciones ateneístas en este frente tenían una dirección que Curiel clarifica. Desde la Escuela Nacional de Altos Estudios se introdujo el humanismo, gradual pero decididamente, en la educación básica y en la educación superior. Los ateneístas quisieron revivir el espíritu de las Humanidades Clásicas argumentando que con éstas podría lucharse contra la estrechez y la ignorancia que agobiaban a

Méjico<sup>6</sup>. Para Pedro Henríquez Ureña las humanidades tenían por objeto la "perfección de lo humano" y es en ese sentido en el que la educación puede contribuir a la "salvación de los pueblos" y a la renovación cultural (321). Con un antecedente tal, surgió entre los ateneístas la idea del núcleo de Estudios Literarios, fundado en 1913 y adscrito a la Escuela Nacional de Altos Estudios. También fue Pedro Henríquez Ureña quien hizo declaraciones que definirían los principios claves para esos estudios literarios —y que hoy resulta oportuno recordar: "Sin el manejo frecuente de los grandes autores, no hay cultura literaria posible, ni doctrina estética seria" (325)<sup>7</sup>.

El estudio del periodo de dispersión del Ateneo ocupa las últimas dos partes de la investigación de Curiel. Podemos decir que empieza hacia 1914 con la ascensión a la presidencia de Venustiano Carranza y termina con la disolución definitiva del Ateneo de México en 1923 por enfrentamientos internos. Durante la "diáspora", como la llama Fernando Curiel, hay sin embargo momentos de reencuentro. El más significativo de ellos lo representa la caída del régimen carrancista al cual hacía activa oposición José Vasconcelos. Así se hace posible que en 1920 Vasconcelos ocupe la rectoría de la Universidad Nacional de México y que desde allí organice las últimas empresas del Ateneo. Dos proyectos editoriales de gran envergadura y la creación de los programas universitarios de extensión para extranjeros bajo la dirección de Pedro Henríquez U., conforman el conjunto de las actividades del Ateneo en sus postrimerías. Los proyectos editoriales tuvieron como objeto la masificación de los grandes autores y la difusión de conocimientos prácticos y elementales acerca de orientación social, asuntos agrícolas, salud pública, etc.; aunque también se pretendían difundir algunos temas literarios, artísticos y universitarios. Entre los "Clásicos"—así se llamó la colección—que se publicaron se encuentran la *Ilíada* y la *Odisea*, las *Tragedias* de Esquilo y de Eurípides, la *Divina Comedia*, los *Diálogos* de Platón, los *Cuentos Escogidos* de L. Tolstoi y el *Fausto* de Goethe. El tiraje de estas obras alcanzaba los veinte y veinticinco mil ejemplares; aunque fue todavía mayor la difusión del segundo proyecto editorial: la revista

<sup>6</sup> Durante el periodo de la Sociedad de Conferencias, los ateneístas planearon una serie de charlas sobre temas griegos. Las conferencias nunca se realizaron, pero la mayoría de los miembros del Ateneo y en especial Pedro Henríquez Ureña, profundizaron sus estudios sobre la cultura clásica y participaron de los ideales de esa cultura.

<sup>7</sup> Otro principio que debe subrayarse, se refería a que la Estética no puede ser estudiada con suficiencia sin fundamentos básicos de Filosofía; luego era necesario vincular los estudios literarios a los filosóficos.

*El Maestro*, de distribución gratuita y con tirajes de 75 mil ejemplares. La revista era de interés general y más bien antiliteraria. Fernando Curiel anota algunos de los planteamientos centrales del "llamado cordial", redactado por Vasconcelos, que sirvió de presentación a *El Maestro*: "Antes que la alta cultura, importa propagar los elementos de la civilización, los datos del saber, a quienes desean instruirse" (389). Enseguida Curiel hace notar, empero, que ese propósito de difundir el conocimiento en círculos obreros y comerciantes especialmente, lo venía cumpliendo también la Universidad Popular Mexicana, a la que Vasconcelos le habría dado la espalda ignorándola, según la interpretación del investigador.

La desintegración definitiva ya estaba prefigurada en la actitud reprochable, para Fernando Curiel, de José Vasconcelos frente a la Universidad Popular. Lo que había detrás del desinterés vasconceliano era, al parecer, una actitud que Curiel llama "estatista", según la cual Vasconcelos se habría opuesto a una universidad de carácter popular pero desvinculada del estado, es decir, privada. La Universidad Popular desaparece en 1922, como dice Curiel, "ninguneada, en pleno vasconcelismo educativo". El estatismo de Vasconcelos chocó con la actitud autonomista de Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, quienes se enfrascan en algunas disputas por la dirigencia de la Universidad Nacional de México y la Escuela Nacional Preparatoria. El último reencuentro de los ateneístas tuvo lugar en 1928 durante la fallida campaña presidencial de José Vasconcelos, pero los lazos se habían disuelto ya irremediablemente.

Las conclusiones que extrae Fernando Curiel de su investigación sobre el Ateneo subrayan la actualidad de las consignas del movimiento ateneísta. Para Curiel los ideales del Ateneo continuarán vigentes siempre que exista dogmatismo y autoritarismo en la academia, tanto como en la cultura. Más aún, para el investigador mexicano, los deberes políticos y sociales que rescató el Ateneo, al lado del compromiso con la cultura, son un ejemplo a seguir por las nuevas generaciones de intelectuales que se enfrentan (nos enfrentamos) a un proceso de globalización: "esa mundialización forzosa, depredadora, desalmada"; contra la cual Fernando Curiel vislumbra un camino de inspiración ateneísta al que llama "humanismo". Esa ruta estaría marcada definitivamente por la crítica, definida en términos del investigador mexicano como "el libre examen y la dedicación plena a las tareas intelectuales". A partir del ejercicio crítico, termina diciendo Curiel, puede darse la apropiación de lo otro y la afirmación de lo propio. En suma "un humanismo de apertura y resistencia. Un

humanismo, digámoslo, nacional y universal; propio de nuestros días culturalmente —no sólo económicamente— amenazados” (414).

Universidad Nacional de Colombia Mario Alejandro Molano Vega

Bělič, Oldřich. *Verso español y verso europeo: Introducción a la teoría del verso español en el contexto europeo*. En colaboración con Josef Hrabák. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo C [100]. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2000. 675 págs. + 2 págs. de *Addenda et corrigenda*.

En la teoría literaria hispánica abundan las obras dedicadas a las cuestiones de métrica y versificación. Del siglo XIV acá ha habido una gran proliferación de trabajos de variada índole sobre estos temas, desde notas históricas hasta tratados completos y obras de conjunto que buscan un marco teórico coherente para la investigación del discurso literario versificado. A partir del Siglo de Oro los tratadistas de poética y retórica a menudo dedican unas páginas o capítulos enteros a las cuestiones del verso. El despertar del interés por la historia del verso español, que data por lo menos del siglo XVIII, es favorable para el ulterior desarrollo de la métrica española, pues si queremos definir conceptos métricos que tengan validez general, debemos partir del estudio de versos concretos compuestos en idiomas concretos (Bělič, 29). En el siglo XIX se produce un viraje decisivo con la obra de Andrés Bello, que parte en forma sistemática de la realidad lingüística y de las particularidades prosódicas y fonéticas de la lengua española. “La *Ortología y métrica*, de don Andrés Bello [...] asentó de manera definitiva el concepto del verso acentual [... ]”, dice Tomás Navarro Tomás en la Introducción a su *Métrica española*.

Sigue tal auge del estudio histórico de la poesía española, con atención a los diferentes tipos de versos y estrofas, que en el siglo XX los versólogos ya cuentan con una copiosa documentación histórica en sus tentativas de describir el verso español desde un punto de vista científico unificador. Siguiendo a Bello, tal punto de vista debe ser lingüístico, ya que existe “una permanente filiación entre el verso y la fonología de la lengua”, por lo cual es preciso “considerar las circunstancias del verso dentro del campo particular del idioma respectivo”, según afirma Navarro en la Introducción ci-